



Bauman, Z. (2017). *Sobre la educación en un mundo líquido. Conversaciones con Ricardo Mazzeo*. México: Paidós. ISBN: 978-607-747-358-9

Zygmunt Bauman (1925-2017) será recordado como uno de los sociólogos más influyentes del presente siglo. Sus reflexiones sobre la posmodernidad y particularmente sobre las consecuencias de la globalización en distintos ámbitos, lo vuelven un referente obligado a la hora de efectuar un análisis del contexto sociopolítico contemporáneo. Leonidas Donskis ha dicho por ello que Bauman es un filósofo de la vida cotidiana y que la suya es una sociología de la imaginación. También lo ha definido como el mayor pensador ético del siglo XX.

Lo anterior tiene razones de sobra. Como catedrático, este importante pensador polaco advirtió a la humanidad, mejor que nadie, sobre los residuos que ha dejado a su paso la construcción del orden, (impulsada por la Modernidad), los restos del progreso económico (promovidos por un capitalismo rapaz) y los despojos de una condición (la globalización) que parece habernos dejado a la deriva.

De manera particular, Bauman concibe la educación como una estrategia factible para que no se erosionen los conocimientos, habilidades, destrezas y valores heredados de una generación a otra; pero también la piensa como vía para aprender y enseñar el *arte de vivir*. Al respecto es enfático cuando advierte que, en un mundo aquejado de insensibilidad moral, la educación se hace más necesaria, pues "la más difícil de las hazañas es seguir siendo humano en condiciones inhumanas" (p. 16).

Como sabemos, Bauman acuñó el concepto de *modernidad líquida*. Bajo su óptica, lo que antes era consistente hoy es frágil; lo que en otro tiempo era sólido, firme y duradero, hoy es blando, inconsistente y fugaz. Y no sólo pensó en las relaciones humanas, este concepto también es aplicable a los sentimientos y las emociones, el trabajo y la diversión. Para nuestro autor, aún ahora padecemos los desechos de una época incapaz de reconocer sus propios dilemas: impotencia, indecisión, escepticismo, inestabilidad, temor, inseguridad, precariedad, vacilamiento, desarraigo... Todas éstas son sensaciones que afloran ante las tensiones presentes.

El propio conocimiento, pensaba Bauman, que se produce, adquiere, asimila y emplea, no tiene que ver con un proceso de engorda intelectual, como criticó en su momento el pedagogo brasileño Paulo Freire, ni con adquirir un conjunto de

saberes inobjetables e inamovibles. Pensaba más bien que “los ciudadanos del mundo moderno líquido [lo que] descubren pronto es que en este mundo no hay nada destinado a perdurar, mucho menos para siempre” (p. 27). Por eso estamos obligados a vivir nuestra vida a cuentagotas, al reconocer la necesidad de adquirir conocimientos y capacidades diversas, pero advirtiendo igualmente la exigencia de revolucionarlos de forma permanente para aplicarlos en una realidad que es, a un tiempo, dinámica, cambiante y compleja.

Bauman está convencido de que un “aprendizaje maquinal” (que privilegia la memorización y la repetición) no prepara para la vida. Desde su perspectiva, “una enseñanza de calidad necesita propiciar y propagar la apertura de la mente, y no su cerrazón” (p. 31). Para explicar esto, recurre a una metáfora con el propósito de echar por tierra la vieja convicción de que basta poseer conocimientos para triunfar en la vida. Según nuestro autor, durante años los maestros han “lanzado”, como si fueran balas, un cúmulo de enseñanzas a sus estudiantes. Pero asegura que hoy lo que priva son los “misiles inteligentes”, que reciben este adjetivo precisamente porque tienen la capacidad de cambiar su dirección persiguiendo el blanco.

Como este tipo de misiles, quienes aprender habrán de desarrollar, de manera gradual y progresiva, la capacidad de cambiar de opinión, de revocar sus decisiones y reorientar su marcha. A eso se refiere cuando exhorta a mantener nuestro conocimiento en un estado de revolución constante. Y lo hace reconociendo la educabilidad humana; esto es, la subdefinición y subdeterminación que nos caracteriza y nos condena a la trascendencia. Sobre este punto, son varios los estudiosos (filósofos, pedagogos, historiadores e intelectuales) que reconocen la incompletud humana como punto de partida para la formación; y la libertad como capacidad humanísima de elegir entre alternativas. La libertad resulta ahora imprescindible, pues de ella depende la posibilidad de sobrevivir en un mundo egocéntrico, materialista y consumista.

Bauman piensa que, pese a que los sistemas educativos están sujetos ellos mismos al juego del consumismo, tienen un poder de transformación que, si bien puede estar acotado o políticamente menguado, es invaluable. El modo de vida al que hemos sido abocados por una familia permisiva y sobreprotectora, por unos medios masivos de comunicación que mal informan, persuaden, conmueven y manipulan, puede aún cuestionarse si recuperamos el norte que la educación parece haber perdido; y si, con él, recobramos el razonamiento, la crítica y el discernimiento, para identificar y destruir falacias; y la capacidad de asombro, la duda, el diálogo, la reflexión y el análisis para pensar, con esperanza, que otro ser humano es posible para un mundo también distinto.

Bauman denuncia que este mundo, obsesionado por la velocidad, insensible ante el aprendizaje y la acumulación; caracterizado por el exceso y el despilfarro, el desapego, la discontinuidad y el olvido, sólo puede mejorar gracias a “una educación universal y enriquecedora que dure lo que dura la vida” (p. 48). Pero está

convencido además de que la escolarización no garantiza nada. Por ello sostiene, refiriéndose a la generación actual, que

“[...] nada los ha preparado para la llegada de un nuevo mundo duro, inhóspito y poco acogedor, en el que las recalificaciones van a la baja, los méritos conseguidos se devalúan y las puertas se cierran. Nada los ha preparado para los trabajos volátiles y el desempleo persistente, la transitoriedad de las perspectivas y la perdurabilidad de los fracasos. Es un nuevo mundo de proyectos que nacen muertos, de esperanzas frustradas y de oportunidades que, debido a su ausencia, se hacen aún más visibles” (p. 55).

Frente a un creciente número de personas infraeducadas, Bauman advierte que “la fuente principal de riqueza y de poder, son actualmente el conocimiento, la capacidad de inventiva, la imaginación, la habilidad de pensar y la valentía de pensar de modo diferente [...]” (p. 58). Todas estas cualidades deben ser instigadas por las universidades y potenciadas por los académicos, sobre todo hoy, que la responsabilidad del Estado de educar mejor a un mayor número de gente, se achica.

De manera simultánea al encogimiento que experimenta el Estado respecto a sus deberes esenciales (brindar alimentación, salud, educación, trabajo y seguridad a la población), crece la desesperanza y aumenta la frustración de miles de jóvenes desempleados o subempleados; condenados a una conmoción sin precedentes, en la que el sueño de la promoción social, gracias al estudio, se disipa.

Bauman apunta sobre este tópico:

“[...] parece que el saber está fracasando, pues ya no garantiza el éxito, mientras que la educación también fracasa a la hora de cumplir su función: impartir ese saber. La visión de una movilidad social ascendente guiada por la educación, que neutralice las toxinas de la desigualdad haciéndolas soportables y convirtiéndolas en inofensivas, y la aún más desastrosa visión de la educación utilizada como medio para mantener en activo la movilidad social ascendente, son ahora dos visiones que están empezando a evaporarse de forma simultánea” (p. 82).

La *generación ni-ni* (ni empleo ni educación) es una realidad. Tan sólo en México y según cifras del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (Inegi), 1'337,444 adolescentes y jóvenes (54 por ciento de los mexicanos) no tiene empleo y, como advierte la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en América Latina, 6 de cada 10 jóvenes que lo tienen trabajan en la informalidad, mientras que 106 millones de quienes integran esta población ni estudian ni trabajan. Por ello Bauman advierte que ésta es, quizás, la “primera generación verdaderamente global” (p. 82).

Como se puede advertir, la igualdad de oportunidades en educación, que se pregona en los discursos, dista mucho de la realidad en los países. Sin embargo los Estados, lejos de reconocer el problema y afrontarlo, le dan la espalda creyendo que lo que deja de verse deja de existir. La desigualdad educativa es sólo el reflejo de una desigualdad más grande: la que divide a la sociedad en poseedores y desposeídos; y la

que le apuesta a la lógica del mercado sin más. En ésta, dice Bauman recogiendo y ampliando las palabras de George Ritzer, “los supermercados son nuestros templos [...] la lista de compra es nuestro breviario, mientras que los paseos por los centros comerciales se han convertido en nuestros peregrinajes” (p. 100).

De persistir esta ansia por la novedad (que alimenta un consumismo incontrolado) y la avaricia y codicia crecientes (que mantienen esta desigualdad creciente en aras del confort, la felicidad y la diversión), el mundo será insostenible. Por esta razón, Bauman reconoce que en este mundo deteriorado (en sus vínculos humanos, pero también estropeado en su clima, flora y fauna) la indolencia frente al afán de lucro, ha de tener consecuencias desastrosas. Precisamos por ello una educación que no sólo instruya, sino que eduque; una que defienda la cohabitación pacífica entre personas y naciones; y la cooperación permanente y mutuamente beneficiosa entre individuos y culturas distintas. Una educación que refrende la responsabilidad moral hacia los otros, se oponga a “la producción masiva de consumidores imperfectos” (p. 143) y al desmembramiento del mundo.

*Germán Iván Martínez-Gómez*

Escuela Normal de Tenancingo, México